

ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID



DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL:

Dr. José Fuentes Mares

Sillón: 8

9 de septiembre de 1975

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Dr. Luis González y González

MI VERSIÓN DE LA HISTORIA*

Discurso de recepción a la Academia Mexicana de la Historia leído por el doctor José Fuentes Mares el 9 de septiembre de 1975

Distinguidos señores académicos:

Antes de abordar el tema de esta disertación —que será el de mi versión de la historia—, vengo a rendir un sentido homenaje a los distinguidos varones que me precedieron: el historiador don Jesús García Gutiérrez y el médico y hombre de letras don José Joaquín Izquierdo, cuyas sombras ilustres —no sé si amistosas o amenazadoras— cubren el sillón que ahora ustedes me conceden. Conozco de años atrás los libros de don Jesús García Gutiérrez, sacerdote que hizo de la historia un honestísimo ejercicio. Su *Lucha entre el poder civil y el clero*, su *Persecución religiosa en México*, y sus *Apuntamientos de historia eclesiástica mexicana* están en mi biblioteca junto a las obras del padre Cuevas, versiones de la historia mexicana que respeto sin comprometer mi juicio. No comparto muchas de sus conclusiones, pero reconozco que hombres como don Jesús García Gutiérrez trazaron un camino, y enseñaron que al lado de la historia escolar hay otra de vetas profundas, la historia que junto a la versión oficial ejerce su derecho a ser oída. Como apasionados no acertaron siempre, mas rompieron los cartabones establecidos por decreto, y movieron el espíritu de los jóvenes que eso fuimos hace muchos años— en busca de tesoros que la dogmática oficial escondía bajo la hojarasca de su ortodoxia santurróna.

En cuanto a don José Joaquín Izquierdo, fue figura ejemplar sin duda. Estudiante en Puebla al arrancar el siglo, médico en 1917, becado en 1925 a las universidades de Harvard, Cornell, Columbia, John Hopkins y Pensilvania, a la temprana edad de 34 años dejó el ejercicio de la medicina para dedicarse a las letras y a la enseñanza. En su producción destacan sus *Análisis experimental de los fenómenos fisiológicos fundamentales*, *La primera casa de las ciencias en México*, *La matemática* y su *Fisiología*, títulos que, con muchos más, exhiben la vocación del maestro por las tareas de la

* Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, Tomo XXX, 1971-1976, pp. 201-215

inteligencia, su decisión insobornable por el saber puro, su voto resuelto por las faenas que no se pagan con moneda de este mundo. Don José Joaquín Izquierdo será siempre un ejemplo para la juventud de México: el de un hombre que dio sin recibir; que entregó su tiempo sin ponerle precio; que empeñó su talento para colocar a México en el mapa de la inteligencia. Me siento orgulloso de ocupar la silla que ocuparon tan ilustres mexicanos, y su recuerdo servirá para orientar mi camino y definir mis convicciones.

Ahora, para abordar el tema de mi discurso de ingreso, diré que el problema arranca de lo que la historia y la tarea del historiador sean o hayan de ser, cuestión que se planteó ya en *Los nueve libros* de Herodoto y que no se resuelve todavía por entero: como si la historia fuera todo y nada, tarea inconclusa siempre, niebla en la que vivimos inmersos, ser y siendo de toda realidad posible. Digo que de toda realidad porque todo es historia. Todo, en final de cuentas.

En cuanto a lo que *para el historiador* sea la historia, el problema parece menos complejo en cambio, dado que se resuelve en soluciones subjetivas. Desde el punto de vista del historiador, diría que la historia, es el *quehacer subjetivo* que se ejerce sobre materiales objetivos; el intento personal de recrear lo pretérito, de dónde sus encantos y sus limitaciones. Quehacer que en cierta forma aproxima el historiador al novelista, aunque éste construye y crea en tanto que aquél se limita a reconstruir y recrear lo dado.

Lejos de mi intención sugerir, por supuesto, que el novelista sea mejor y tenga rango más elevado que el historiador, pues tampoco aquél crea de la nada. En el fondo de toda novela bulle alguna experiencia, y ésta, la experiencia, será historia sin lugar a dudas. De querer puntualizar alguna diferencia, diría que la experiencia del novelista puede ser interna o externa, subjetiva u objetiva, en tanto que la del historiador versa sólo sobre la vida humana objetivada, para decirlo a la manera de Ortega.

Arte en cuanto a la forma de exponer las experiencias humanas objetivas —emparentada aquí con la novela—, la historia se apoya en la filosofía para la interpretación de dichas experiencias, y no es causal que cada filosofía —como cada teogonía— alleguen su modo propio de enfocar lo que se da en el mundo de la experiencia. Mas la historia —lo histórico, diría mejor— nunca es predio sirviente: ni *ancilla philosophiae* ni

ancilla artis sino masa primaria, vivencia fundamental sobre la que se ensayan —y a veces se *ensañan*— las artes y la filosofía. Lo que ocurre es que el pasado —la vida humana objetivada—, carece de significación actual sin la intervención del punto de vista del historiador. Y aquí también, con Ortega, el historiador tendrá que ser un punto de vista sobre su mundo. Un punto de vista que recrea con su arte narrativo, y reconstruye e interpreta con su filosofía.

Tenía razón Schopenhauer al decir que la historia era "un sentimiento amoroso hacia lo que se fue y no volverá", y lo tuvo también Paul Sabatier cuando vio, en el amor, "la llave de la historia". Por mi parte no entiendo la historia sin amor, y consecuentemente rechazo los relatos en que el hombre —el ser de carne y hueso—, desaparece en aras de una objetividad que es pura incapacidad de asombro frente al quehacer objetivado de otros hombres. Sólo los hombres tenemos historia porque sólo los hombres tenemos conciencia de nuestra experiencia, y voluntad de aprovecharla históricamente. Por eso no entiendo lo que se llama "historia del mundo", "historia de la naturaleza" o "historia de los animales". Creo que la historia de los elefantes sólo sería posible si alguno de tales estupendos paquidermos pudiera escribirla, y pienso que también es absurdo que un hombre escriba la historia de los animales o de la naturaleza inerte, tan dislocado como suponer que Dios pudiera escribir la historia del hombre. La historia constituye una meditación crítica sobre el quehacer del hombre en el tiempo, quehacer que proporciona el material primario sobre el que se ejercerán las posteriores reconstrucciones e interpretaciones. La clásica sentencia: "Humano soy, y nada humano me resulta ajeno" vale a mi juicio como divisa de historiadores.

Tengo para mí que, más que coautor, el hombre es actor de la historia, y que lo es fundamentalmente en cuanto sujeto que capta y expresa el mensaje de su circunstancia, de la que se aprovecha para representar un papel principal o secundón, según sea limitado o eminente su genio interpretativo. Lo que ocurre es que cuando un hombre actúa de manera lógica en su circunstancia se le atribuye la creación de ésta, cuando en rigor sólo cabría hablar de su aprovechamiento. El aprovechamiento de la circunstancia en beneficio del hombre es tan antiguo que con frecuencia se establece entre ambos factores una relación causal de tipo mágico, semejante a la que el alma primitiva fincó entre la actuación del brujo y la salud del enfermo.

Pienso que cuando se reúnen las condiciones históricas de un suceso, éste se consuma mediante la acción del hombre instrumental — "providencial" se le ha llamado también—, que es quien más oportuna y

exactamente captó lo que ordinariamente se llama "la fuerza de los hechos", o sea, en finales, la lógica de la historia. Sueños, muchos andan sueltos por el mundo; sueños que se convierten en sucesos cuando las condiciones reales abonan su factibilidad. Sabemos de los sueños que al fin se volvieron historia, mas no de los que quedaron estériles en la ambición del soñador, y no porque los sueños en cuestión hayan resultado más o menos "impracticables" sino porque, en su momento, no se dieron las condiciones de su factibilidad. Lo que quiere decir que sueños y proyectos no son absurdos o "irrealistas", cuerdos o "realistas" sino en función de la circunstancia que los justifica, como se explican y justifican la brujería, la inquisición, el arte figurativo, el capitalismo y el comunismo.

Se da también el caso de una historia que se reduce a pura recolección de testimonios, con su hora y su lugar. Algo parecido a las Efemérides que publican ciertos periódicos con lo que ocurrió hoy hace 50 años, o con "lo que en un día como hoy sucedió en la historia de la humanidad". ¿Podríamos llamar a este género realmente historia, e historiadores a sus autores? A mi juicio no, pues pienso que el historiador tiene una categoría por encima del archivista o el narrador hombres útiles éstos, sin duda, por cuanto proporcionan al historiador sus elementos de trabajo, pero a su vez incapaces de intentar por si mismos la reconstrucción o interpretación históricas.

Cuando Ramiro de Maeztu llamó a Menéndez y Pelayo "triste coleccionador de cosas muertas" confundía al ilustre polígrafo con un archivista, y eso ocurre a quienes zafiamente acusan al historiador de endiosarse con el pasado cuando el presente está lleno de urgencias. Gente que ignora que entre el *pasado* y *presente* no existe línea divisoria muy segura; que el presente se nos escapa constantemente de las manos, convertido en pasado, y que nosotros mismos estamos hechos de ambos porque somos vida, y si somos vida somos historia, hecha en parte y en parte por hacer. Otra cosa será que mi vida tenga o no *significación* histórica, problema que no será ya mío sino del historiador, si alguno tuviera la humorada de perder su tiempo en recrear e interpretar los hechos que voy dejando a la vera del camino.

Podría objetarse que en muchas obras históricas —en las mías desde luego— el amor anda mal acompañado por formas más o menos drásticas del rechazo. Tal situación parece a primera vista lamentable, mas no lo es si se piensa que el amor y el rechazo, anverso y reverso de una misma medalla, acampan en la misma zona afectiva. Se ha dicho muchas veces —y yo lo creo—, que el rechazo y el odio son fenómenos

del amor contrariado: todo lo opuesto a la indiferencia, ésta sí barricada insuperable frente a la tarea que el historiador se echa auestas. Es muy frecuente que la presunta objetividad de un historiador oculte sólo incapacidad para el asombro, ceguera frente al quehacer maravilloso de otros hombres.

En este punto tocamos un problema de singular importancia, manoseado sin medida, que es el de la objetividad del historiador. Es costumbre acusar con desenfado: "El señor X *no es* un historiador objetivo", y se arroja el terrible dardo con la misma frescura con que se echa en cara la calvicie o el estrabismo de un pobre diablo. ¡Cómo si hacer del amor la llave de la historia no dificultara la objetividad! Yo, lo reconozco, experimento no sé qué profunda aversión hacia historiadores que hacen gala de objetividad, y si esa gala me sienta de ese modo será porque luché inútilmente por alcanzarla. Metido en la historia de mi patria durante 25 años, hago de la objetividad mi estrella polar, pero no la alcanzo. Tal vez suceda que no pongo los medios de lograrla, y que no lo haga por temor a dar también esquinazo a una serie de pasiones limpias, a las que no quiero renunciar. No, no voy a conducirme fríamente ante lo que adoro ni ante lo que detesto. No soy inmune a lo bello y lo bueno combinados el *Kalosagathós* de los griegos, porque de la combinación de lo bello y lo bueno resulta también lo verdadero. Pero he luchado toda mi vida por mantener el amor y el rechazo en el plano de la honestidad intelectual más estricta, honestidad que es condición *sine qua non* del quehacer historiográfico. Tengo, para mí, que los historiadores tendrán algún día su Valle de Josafat, y allí su Juicio Final con Clío, delegada divina, en su trono de fuego. Y creo también que Clío tendrá piedad por los apasionados, enviará al limbo a los "objetivos", y condenará al fuego a los deshonestos.

Y bien, señores académicos, heme aquí en uno de los trances más comprometidos de mi vida, trance en el que yo, sólo un norteño bárbaro, con su habitáculo más allá de la línea que según Vasconcelos marca el meridiano de la barbarie —meridiano que arranca donde la gente principia a comer la carne asada—, se encuentra a punto de recibir uno de los más grandes honores, a que un intelectual pueda aspirar. Porque honor de alta jerarquía es formar parte de esta Corporación, integrada por maestros distinguidísimos. Sombras ilustres presiden nuestra Academia: las de Alamán, García Icazbalceta, Del Paso y Troncoso, Orozco y Berra, Justo Sierra y tantos más. Entre los ausentes mi deuda muy personal tiene como acreedor a don Justo, quien

recreando la historia del pueblo mexicano con el cincel de un esteta sin par, despertó en mi alma adolescente el sueño insensato de emularlo.

Y hacia los presentes, la deuda cordial, permanente, por la generosidad que hoy me permite —y que espero me permita en lo futuro— el privilegio de acompañarles.

Respuesta al discurso del doctor José Fuentes Mares con motivo de su ingreso a la Academia Mexicana de la Historia

Por el Doctor Luis González y González

Señores académicos,
señoras y señores:

Hace poco más de un año tuve el honor de recibir en la Academia Mexicana de la Historia a un ilustre historiador provinciano por nacimiento y vecindad, al líder de toda sabiduría potosina, al padre don Rafael Montejano y Aguiñaga. Hoy se me vuelve a honrar con la altísima distinción de decirle "bienvenido" a nuestro club a otro prohombre de la historia que como aquél, no obstante haberle hurtado el cuerpo a la "ojerosa y pintada" capital, sitio donde es relativamente fácil hacerse noticia, ha conquistado el aplauso de la élite y de la muchedumbre desde uno de los puntos más remotos de la República Mexicana. Pese, a su actitud y talante de español recién llegado de la Madre Patria, el colega a quien recibimos hoy es un producto de nuestro Norte que, como es bien sabido, se ha especializado en la producción de un par de variedades antropológicas: pocha y la agachupinada.

Él lo ha dicho:

“Nací en el desierto, y el llano alimentó mi imaginación con las fantasías que pueblan sus vados infinitos. Ahora pienso que el medio es determinante, y que quien nace en el desierto acaba por llevarlo en el alma, convertido en doctrina sustentadora.”

Chihuahua, la tierra natal de Fuentes Mares, además de ser un eufemismo, es el Estado más extenso de la República, el más pobre en fuentes y el más alejado de los mares de México. Es proverbial la vasta aridez de la patria de quien se ha caracterizado por ser una fuente que no cesa en el propósito de abastecer mares de sabiduría y de fina prosa. Es también sabido que la ciudad donde nació fue hechura de hombres que buscaban minas y que acabaron en ganaderos y mata

apaches. Quizá de esa triple herencia proceda la actitud esforzada, señorial y combativa de los chihuahuenses de ahora, aunque también pueda atribuirse al consumo de carne asada, según asegura otra tesis explicativa de la barbarie nortea, y en particular chihuahuense, barbarie que ha dado hijos tan civilizados como Martín Luis Guzmán y este clionauta que nació, pronto hará 56 años.

Quizá también nos resulte esclarecedor el recordar que Fuentes Mares dio su primer grito un quince de septiembre, el mero día del Grito del todavía bronco año de 1919, quizá en una hora en que la iracunda voz de un gobernante local repetía el grito de muerte contra los gachupines que lanzó por primera vez, y sin reflexión, el iracundo párroco de Dolores. Como quiera, aunque 1919 nos trae a la memoria el asesinato de Zapata y otras fechorías, no fue un año muy sangriento ni enteramente demoledor. En aquella fecha, en el alma de los destructores del antiguo régimen empezaron a surgir ideas constructivas que el presidente Carranza quiso que fuesen puestas a andar por el ingeniero Ignacio Bonillas y que Obregón decidió, por sus pistolas, que él las pondría en práctica a punta de bayoneta, sin necesidad de escuadras y compases ingenieriles. De hecho, 1919 fue un año bruscamente inaugural en todo el mundo. Italia funda el fascismo; Alemania, el Partido Nacional Socialista; Rusia, el Komintern, y Rutherford desintegra el átomo, desintegración que es aún el máximo problema de nuestra centuria. Quizá a ser originario de esa aurora tan violenta, debe Fuentes Mares su condición contradictoriamente pacifista y peleonera, su actitud en pro de una revolución irrevolucionaria, como la de Cristo en su tiempo y la de Gandhi en el actual.

No creo que nuestro amigo haya tenido una niñez desdichada, y a ello atribuyo su conducta frecuentemente conciliadora, pero sí me parece, aunque no lo sé a ciencia cierta, que creció en un hogar católico donde se deploraría la persecución de que era objeto la gente de sotana por la gente del sable que gobernaba entonces al país. Sé de fuente segura que asistió de niño y de adolescente a escuelas oficiales. El *curriculum vitae* que tuve a la vista sólo dice que "siguió estudios primarios y secundarios en Chihuahua". Como la mayoría de los muchachos mexicanos nacidos en provincia y aspirantes a la consagración profesional, su destino subsiguiente fue la Universidad recién autónoma de México, donde asistió a los cursos de aquel gran señor, "dueño de vivísimo talento, generoso, amante de las cosas buenas de la vida, pero tan integro que ni

el dinero ni los honores le hicieron perder de vista las normas primarias de la vida, moral"; fue alumno de Antonio Caso, "cuyo ejemplo —al decir de Fuentes Mares— dejó huella en varias generaciones", y desde luego en los más añosos pensadores de la generación que don Wigberto Jiménez Moreno denomina plenirrevisionista, y también desencantada y proto-revolucionaria, de la generación que ostenta en los extremos dos Fuentes, a José y a Carlos, que debe mucho de su hechura a la pléyade de intelectuales españoles transterrados y a su transterrador positivo: Daniel Cosío Villegas.

En el trienio 1942-1944, José Fuentes Mares recibió de la Universidad Autónoma de México tres grados: la maestría y el doctorado en Filosofía y la licenciatura en Derecho. Así cumplió con la carrera de moda a mitad de siglo, y con la antigua costumbre de la vida intelectual de México de ser antes que nada abogado. El académico a quien hoy tenemos el gusto de incorporar a nuestra corporación, remató brillantemente su tesis universitaria con tres libros (*Gabino Barreda*, publicado en 1942; *Ley, sociedad y política*, impreso en 1943, y *Kant y la evolución de la conciencia sociopolítica moderna*, salido de las prensas en 1946) y con aquellos cursos dictados en la Facultad de Filosofía y Letras durante 1944 y 1945. Desde entonces la trayectoria intelectual de Fuentes ha estado regida, según veo, por un sistema tan mexicano como lo es el sistema métrico sexenal.

Durante el primer sexenio de su vida postgraduada, como casi todos los eminentes de la generación 1919-1933, don José recorrió mundo, y no como las eminencias de las dos generaciones previas que salieron de su patria expulsadas, víctimas de la persecución, sino con beca, según se acostumbra desde que la Revolución se bajó del caballo y enfundó el machete. En 1954 disfruta de una beca de la fundación Rockefeller. En 1948 es profesor huésped de la Universidad Internacional de Santander y de la Hispanoamericana de Sevilla. En 1949 publica *México en la hispanidad*, su primer trabajo de crítica histórica, y en 1950, cuando ya eran públicos sus enredos con Clío, va de investigador a los Archivos Nacionales de Washington y a los de la Sociedad Histórica de Pensilvania. Para 1950 ya es un indiscutible vocado a las investigaciones históricas, dueño de su propia concepción de la historia y discípulo de los relatos históricos de Justo Sierra. Desde entonces quedó claro que lo que mejor cuadra a su temperamento y aficiones es la labor historiográfica.

Dos acontecimientos historiográficos importantes de 1951 fueron la aparición de la revista *Historia Mexicana* y un libro histórico polémico de Fuentes Mares: *Poinsett. Historia de una gran intriga*. Manuel González Ramírez, un liberal sin libertad, lanzó en aquella revista una andanada de pedruscos contra este libro. Dijo de él que repetía tesis de Alamán, ese escritor tabú del siglo XIX, que acusaba de sucias intrigas al primer embajador estadounidense, y en cambio nada decía del intrigante confesor de la hermana de don Antonio López de Santa Anna, y que tenía pretensiones literarias que hacían recordar al fantasioso de Ludwig. El agredido repuso que no se sirvió de Alamán para mostrar los enjuagues de Poinsett, ni tenía por qué ocuparse del confesor de la hermana de Santa Anna ni era devoto de las prácticas fantasiosas de Ludwig. Entonces el crítico acometiente, tras de propinarle rectas sobre cómo hacer historia, pretendió hacerlo ceniza llamándole "empecinado en lo español". Un par de años más tarde el "empecinado" salió con nueva obra, con *Y México se refugió en el desierto*, biografía de don Luis Terrazas, fundador del imperio ganadero más grande del mundo. Don Daniel Cosío Villegas, acorazado con el seudónimo de Rosa Peralta, saludó a la biografía como una obra maestra de recreación histórica, escrita en estilo "cálido, lúcido y con hallazgos ocasionales de buena expresión", pero no dejó de deplorar que fuese tan "anti-liberal" y tan "anti-juarista", y en definitiva, tan polémica. "Fuentes Mares —dijo— prefiere los temas polémicos: ayer Poinsett, hoy Terrazas, mañana, quizá, Santa Anna". En 1956 el don de profecía del nuevo Daniel se apuntó una victoria. En ese año circuló como pan caliente *Santa Anna: aurora y ocaso de un comediante*, obra que la crítica encontró también muy bien documentada, muy bellamente escrita, pero muy anti-conservadora y anti-santanista.

En el tercer sexenio de su carrera pública, Fuentes Mares cosechó muchos lectores entusiastas de sus relatos históricos. Sus tres biografías sobre otros tantos discutidos personajes del siglo XIX fueron reeditadas. El rumor de que el biógrafo de Poinsett, Terrazas y Santa Anna convertía los asuntos de desnuda investigación histórica en vivo relato artístico acabó siendo un lugar común. El prestigio literario se sobrepuso al histórico, y Fuentes quiso remachar ese prestigio con dos novelas: *Cadenas de Soledad*, publicada en 1958, y *Servidumbre*, en 1960. Fue también entonces profesor de Derecho, director de la Facultad de Leyes y rector de la Universidad de Chihuahua.

En el sexenio siguiente se retrajo a los cuarteles de la historia y produjo una tetralogía de primer orden (*Juárez y los Estados Unidos; Juárez y la Intervención; Juárez y el Imperio y Juárez y la República*) donde interpreta con lucidez extraordinaria la figura central del siglo XIX mexicano. Sobre la base de una vasta y valiosa documentación, distraída de numerosos archivos y bibliotecas, recrea momentos fundamentales de la vida mexicana en la docena de años que va de 1861 a 1872.

En el sexenio anterior al presente, el investigador concienzudo, el pensador claro y el expositor brillante que acaban de escuchar se lanza a la aventura del teatro y la síntesis histórica. En 1967, estrena *La Emperatriz. Desvarío de amor en tres actos*; en 1968, *La joven Antígona se va a la guerra*, y en 1969, divierte al público con una *Farsa antipatriótica en tres actos* referente a *Su Alteza Serenísima*. En 1966 había publicado un panorama de nuestro siglo XIX con el nombre de *Memorias de Blas Pavón*. Se trata de una sabrosa e inteligente síntesis escrita en primera persona por un ser imaginario aunque un poco parecido al verdadero autor. El amable, escéptico y lúcido Blas refiere seria y humorísticamente lo que sabe y piensa de los mayores acontecimientos y protagonistas de nuestra centuria trágico-cómica. Poco después hace que otro individuo menos imaginario que el anterior, más Fuentes Mares, nos refiera, en tiempo tan rápido y fílmico y en estilo tan agridulce como el de Blas Pavón, la vida y milagros de los grandes de *La Revolución Mexicana*, desde la caída de Díaz Morí hasta la presidencia de Díaz Ordaz. Es un pequeño libro del que sin duda perdurará la mayoría de sus páginas. Me late que muchas generaciones se deleitarán con los retratos de aquella flor de un día que fue Francisco Madero, del chacal Huerta en su apogeo, de los vencedores revolucionarios a la greña, de Carranza convertido en "un legislador con toda la barba", de los *Sonorens Sonorensis lupus*, y de "la resurrección de Lázaro". Quizá la joven generación no esté de acuerdo con las palabras concluyentes: "hace años que marchamos con la seguridad de duchos caminantes", ni con el consejo de "que el buen Sancho, un santo de nuestra estirpe, y por ello, hermano y compatriota, continúe brindándonos su protección".

En gracia a la brevedad pasemos de largo por *Don Sebastián Lerdo y el amor*, aparecido en 1972, pero sería injusto no aplaudir de pasada a la más reciente biografía de nuestro compañero, a la luminosa semblanza de *Miramón, el hombre*, que arremolina lectores desde el año inmediato anterior de 1974, y que no cierra la infatigable actividad creadora de quien está en la plenitud de ella, que prosigue con *México y España: Historia de un conflicto*, que acaba de aparecer en Madrid y con *La emperatriz Eugenia y*

su aventura mexicana, en estos momentos en el telar. ¿Qué cómo produce Fuentes Mares tantos y tan buenos volúmenes de historia? Es una pregunta aún no contestada y muy difícil de responder, más si nos damos cuenta que es autor y actor que no sólo escribe, que vive en el mundo y convive cotidianamente con seres vivos y no sólo con mamotretos y papeles. Quién no sabe que viaja frecuentemente y conversa casi sin interrupción. La obra oral de Fuentes Mares es de una vastedad tan chihuahuense como su obra escrita. Si no se oyera descortés e insultante diría que habla mucho, aunque quizá se me perdone que lo diga si agrego que habla muy bien. Es decir, es un gran conferenciante y un caudaloso y buen conversador. Es una primera figura de la conversación que oye y lleva su generosidad hasta el punto de permitir a su interlocutor levantar una que otra victoria.

Está lejos de ser un hombre dogmático aunque se trate de asuntos gravísimos, como lo prueban las contestaciones sobre Dios dadas al padre Peñalosa, y que éste acaba de publicar. Aquí se lee: "Muchas veces me pregunto si creo en Dios realmente, o si la mía es tan sólo una creencia heredada". Agrega: "Dejé de ir a la iglesia cuando la encontré llena de gente que practicaba su religión como un trámite administrativo para ganar el cielo, o menos todavía, por inercia social". Concluye: "En lo fundamental, no creo que la función de las religiones en el mundo contemporáneo pueda ser otra que la de orientar en el amor, aunque hoy no vaya por ahí un importante sector de sacerdotes católicos, para quienes el púlpito se ha convertido en tribuna política: Si su ejemplo cunde; si los llamados 'progresistas' llegan a dominar la voz de la Iglesia, el fin de ésta vendrá sin remedio. No es posible ensalzar durante veinte siglos la enseñanza de Cristo para salir ahora con que Marx fue su corrector".

Tampoco es muy ortodoxo respecto a la religión patria que se administra desde el Palacio Nacional. Como principio de cuentas, es poco sensible a las glorias de la Gran Tenochtitlan. Anda por ahí diciendo que "lleva en lo más profundo del alma el ideal ecuménico de la hispanidad". Su imagen de México y su nacionalismo no suelen coincidir con el mexicanismo de la minoría rectora de México de la Reforma para acá. Es obvio su poco respeto para dos añosos pilares de la nación mexicana: la milicia y la clerecía laica. Su amor al pasado patrio es de la especie predicada por nuestro insigne director don Edmundo O'Gorman, distante del chauvinismo, pues no sólo se ocupa en la exaltación de "las excelencias o perfecciones" que pueda tener nuestra trayectoria nacional;

próxima al sano patriotismo que "exige la comunión indiscriminada con nuestro pasado en su cabal y rotunda totalidad". Coincide también con O'Gorman en la ojeriza contra la mayor parte de los historiadores mexicanos que se someten, al menor guiño, "al soplo de la exigencia oficial en turno". Así pues, Fuentes es un perfecto amante de su patria, pero no un amante ortodoxo, como tampoco lo fue Justo Sierra, el santo inspirador de Fuentes.

Tampoco está con lo más cacareado en materia de historia. Mientras oía su discurso recordaba la diatriba que ante la intelectualidad mexicana en pleno lanzó don Edmundo O'Gorman contra una "seudo historiografía, tan ajena a nuestra idiosincrasia, pero hoy tan en boga y tan aplaudida entre nosotros, pseudo-historiografía vana esperanza de objetividad, sólo quiere atenerse a estadísticas y generalizaciones con desdén por lo particular e irrepetible..., una manera de historia que permuta la primogenitura de lo cualitativo por el plato de lentejas de lo cuantitativo, para acabar ofreciendo, en monografías ilegibles, un cadáver de verdad incapaz de entusiasmar al más frenético devoto de la necrofilia". Tampoco Fuentes mares oculta su "aversión hacia, los historiadores que hacen gala de objetividad" y que en el mejor de los casos lo único que muestran es "pura incapacidad de asombro frente al quehacer objetivado de otros hombres", y en definitiva, ejercicio de "la historia sin amor". Hoy que el trabajo histórico se ha convertido en una industria, hoy que proliferan las fábricas de libros históricos en donde docenas de obreros asalariados y autómatas día tras día y de tales a cuales horas, recogen testimonios de hechos, que no de sus hechos ni de sus ideas, acuden a computadoras y esgrimen tijeras y engrudo, nos resulta Fuentes Mares con la tesis tan cara a los románticos de que "la historia es el intento personal de crear lo pretérito", inducidos por "un sentimiento amoroso hacia lo que fue y no volverá". En esta hora en que izquierdas y derechas, en que los amigos de los pobres y los vendidos a los capitalistas proclaman al unísono los milagros de la ciencia y las resultas adormecedoras del arte y de la filosofía, comparece un historiador que nos dice: "Arte en cuanto a la forma de exponer las experiencias humanas objetivas, la historia se apoya en la filosofía para la interpretación de dichas experiencias". También suena muy romántica la proposición sobre el papel del individuo en lo histórico. Quizá las dos alas de la escuela científica imperante, el ala marxista y el ala positivista, sólo le perdonen a don José la siguiente confesión: "Metido en la historia de mi patria durante 25 años, hago de la objetividad mi estrella polar", pero no le perdonarán ésta otra: "No voy a conducirme fríamente ante lo

que adoro ni ante lo que detesto". Fuentes Mares es sin duda de una honestidad insólita; como no lo hacen habitualmente los historiadores, nos ha abierto su taller de par en par.

Huelga decir que todo lo dicho por el recipiendario acerca del quehacer del historiador lo ha puesto en práctica de punta a rabo. Indudablemente sigue la norma de practicar lo que predica. Con frecuencia su recreación del pretérito se eleva a planos filosóficos, y sin excepción, a niveles artísticos, sin que por servirse de la filosofía y de la literatura deje de recorrer el calvario científico: hipótesis de trabajo, recolección de testimonios, operaciones de crítica externa e interna, amén de las tareas hermenéuticas y etiológicas. Fuentes Mares, más interesado en la comprensión de los hacedores que en la relación de los hechos, más atraído por lo singular que por la ley del desarrollo histórico, como investigador de estatura egregia se ciñe en lo fundamental a las reglas del juego de la capilla de Clío. Aunque no siempre declarado en notas, cada uno de sus libros se funda en millares de papeles bien leídos, cuidadosamente aprovechados, rehechos con finura y presentados en bandeja de oro. Nadie ha tenido la osadía de acusar a Fuentes de enemigo del lector. Mete arte en su ciencia. Rehúye el sadismo de tantos filósofos, científicos y escritores vanguardistas. Su manera de decir es legible, clara, refrescante, natural. Expresa ideas profundas, evoca escenas atroces, dice todo lo que quiere sin retorcimientos, ni anglicismos, ni jerga científica o filosófica. Sin atormentar el idioma corriente, consigue convencer, conmover y distraer al lector sano.

En justo reconocimiento de las altas virtudes de José Fuentes Mares como historiador del México independiente, la Academia Mexicana de la Historia lo ha atraído a su claustro. Entre la multiplicidad de sus frutos, sólo se han pesado los de índole histórica al momento de declararlo habitante de la Academia, hermano nuestro. Por otro lado, este reconocimiento al historiador no debe verse como atadura. Nuestro club admite fidelidades múltiples; no es monogámico ni celoso. A nadie le niega el derecho de sujetarse a otras reglas, de jugar otros juegos. Nunca dice: zapatero a tus zapatos, y por lo que mira a José Fuentes Mares debiera decirle: "Puede seguir escribiendo lo que le dé su real gana. No se sienta obligado por pertenecer a este cenáculo a prescindir de otras escrituras que no sean las históricas. Los libros históricos de usted le deben mucho a la inestabilidad suya, a sus incursiones a casas que no son la nuestra, al enciclopedismo que lo caracteriza según *vox populi*".

Como símbolo de su nueva condición de académico mexicano de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid, en seguida le será impuesta a don José Fuentes Mares la venera que corresponde al sillón número 8 de esta Academia y que de 1919 para acá sólo ha sido ocupado por dos distinguidos sabios, lo que es indicio de la durabilidad de quienes lo ocupan. De por sí, según la opinión de nuestro compañero don Jesús Reyes Heróles, "el hacer historia exige años y ayuda a tenerlos... ayuda a la longevidad y parece ser que la demanda". Con fe hay que esperar larga vida cuando, aparte de ser talentoso historiador, se es heredero de dos colegas de larga y fecunda trayectoria vital. Quede bien claro nuestro vivísimo deseo de que don José Fuentes Mares ocupe por muchas décadas el sillón número 8 de nuestra docta institución a partir de este día en que celebra sus bodas de plata, su vigésimo quinto aniversario como historiador apasionado y apasionante, libre y lúcido, incansable e íntegro, cáustico y caudaloso, de la patria mexicana independiente.